

césar calvo / poema

Variaciones Rumanas sobre Calino (Hojas de un cuento) de Mihail Eminescu

Tiene el alma de cuarzo
tu ventana, lloroso
candor que el viento toca
con mano estremecida.
Pero tú, tiritando
junto al fuego, dormida,
no lo escuchas: escuchas
otros pasos, pensando
que son los delicados
pasos de la llovizna.

Alguien, mientras te olvidas,
un espejo levanta
ante tu rostro, y sueñas
que lo ves, y te espantas.
Despiertas ignorando
que ya no eres la misma.
Y juras que es tu sueño
- y no tú - quien soñaba.

Ya el espejo es tu cara:
en él Amor se mira
con tu propia mirada.

I

*La luna, roja hoguera que asciende esa colina,
encandila los bosques y el castillo desierto
y el agua de los ríos, quieto diamante que huye.
Lejanamente plañe, volando, una campana
desde los precipicios hasta la torre viriente
que un osado doblega trepando piedras pardas:
calzándose una roca y enguantándose en otra
asciende al fin y rompe las barandas mohosas;
ingresa de puntillas a la prohibida alcoba
justo por donde el muro abre un arco de luto.
Entre las altas flores, a través de las rejas,
la luna palidece, tiende un tímido rayo.
Donde la luna ingresa, los muros pierden sangre.
Una tela de araña brilla del suelo al cielo
y tiembla y centellea cual si fuera a quebrarse
su tejido de nieblas y de harina de joyas.
Y tras la telaraña, la hija del Rey, bañada
de inexplicable lumbre, duerme sobre la cama.
Otra luna, su rostro, bien puede adivinarse
entre el azul perdido de las sedas más finas.
Aquí y allá su túnica se descuida y asoma
la desnudez de un cuerpo, su madrugada niña
sus cabellos sin freno dispersos en la almohada.
Sus sienes que reposan laten sombras violáceas
y dos arcos impiden que sus ojos se vayan
(pestañas como flechas de inconsciente hermosura)
y bajo de las cejas y párpados que sueñan
su brazo se ha rendido sobre el borde del lecho.
La memoria de un vaso de vino verde como
el sol madura en fresas los pechos que se ignoran
y un hálito de fósforos entreabre su boca.
Ha movido los labios. Sonríe. Ha sonreído:
sobre su cabecera se deshojan las rosas.*

*Es entonces que el joven se acerca, alza la mano,
rasga el velo y el polvo de las piedras preciosas,
trastornado, turbado, sin comprender, vencido
pone anhelante boca sobre boca anhelada
y la niña suspira sin saber que suspira
sintiendo que a su mano le han robado el anillo.
Con él regresa al mundo el caballero fantasma.*

II

*A la niña le llega, con el alba, el asombro.
Mira los hilos rotos y más mira sus labios.
Le sonrío su espejo, tristemente. Y murmura:
"Duende de trenzas negras, ven, ráptame esta noche".*

III

*Cuanto más suponemos que una niña nos ama
más está ella prendada de sí misma y su rostro,
el mismo que Narciso veía tras el agua,
llegando a ser - él solo - el amado y la amada.
Si alguien pudiera verle sus grandes ojos ciegos
y salvajes mirándose, ensimismado espejo,
Si alguien pudiera verle los labios apretados
sobre sus propios labios, besándose y nombrándose
con más amor que a nada ni nadie sobre el mundo
sabría que la niña regresa de ser hembra.
¡Idolo, alma encantada, cábellerera de sombra
más aterciopelada que la luz de los ojos
del corazón más virgen, talismán del asombro!
¿Qué secreto desvela la niña, cuando vela*

toda la larga noche, su cuerpo tembloroso?
"Soñé un hermoso sueño. Ví que un duende venía
y lo estreché en mis brazos hasta hacerlo agonía...
Por eso cuando mira mi mirar el espejo
hacia mí misma extendiendo mis lentos brazos rotos.
Mis cabellos me ofuscan, negras túnicas de oro
y me beso los hombros como si fueran otros
y mi cara se entinta con un pudor de otoño
y aquel duende no vuelve ni yo caigo en su pecho
como la última llave que cae dentro del pozo.
En vano me acicalan y desbordan mis ojos.
Aquel duende no vuelve ni se reclama esposo
del amor que me tengo por tenerlo a él solo.
¡Cuidate, boca, calla, no lo digas a nadie,
ni a él cuando esta noche (con apetencias de hembra
y astucias de mancebo) bienhiera mi reposo!"

IV

Volvió el duende esa noche, y otra noche, en silencio.
Y otra noche, soñando que él comparte su sueño,
la niña se imagina junto al duende despierto.
Y despierta de pronto. No es un sueño su sueño.
Y él quiere huir pero ella lo amarra con un ruego:
"Joven de trenzas negras, herida sombra mía,
deja en mi piel, callada, tu dulce voz de fuego.
!No hallarás en el mundo, solo y errante yendo,
un amor más amante que mi amor, ni alegría!
¡Duende, percedera sombra de ojos profundos,
nunca verás la muerte si en mis ojos te miras!"
El regresó hasta ella y encantó su cintura
y apagó sus palabras con hogueras de luna:
"Tú, la mujer más niña, jamás antes he oído
frases como las tuyas, de impureza más pura,
tan sin sentido y todas tan llenas de sentido.
Aúreo sueño, la vida, menos que un rayo dura.
Y sólo si en mi brazo tu brazo es encendido

*y sólo si en mi pecho tu cabeza se abrumba
y en tu aliento el aliento de la vida respiro
y la melancolía nuestras almas endulza
y mi pelo en tu cuello nos desata de olvido
y es mi miel tu deseo y es tu sol mi penumbra:
sólo entonces encuentro lo que aún no he perdido
y -más vasto que un sueño - toda la noche ocupa
con su único relámpago, el amor, infinito.
¿Lo ves? ... No existe nombre
para ti ... Se me acaba
la voz, cual otro rayo
de oro breve, en tu oído".
Pudieran, musitando, decirse muchas cosas.
Pero las voces mueren cuando nacen los besos.
Y sólo las miradas, alegrías llorosas,
conversan. Y son ojos los labios, prisioneros.*

*Ella cubre su cara con mano que solloza.
Y el agua de sus dedos es un velo de novia.*

V

*Ayer manzana roja, hoy tu rostro es tan blanco,
tan fino, que un cabello lograría cortarlo.
Tu pelo, orilla de oro que desbordan los ojos,
cuida, sin esperanzas, un lago de quebrantos.
A él te asoman los días como a una ventana
que vanamente al cielo levanta la mirada.
Sólo una alondra pasa delante de tu alma
y un mensaje a tu amado, en sus alas encargas.
Ella se va ... Y tú quedas, memoria sin nostalgias,
canción que nadie olvida ni recuerda ni calla.
Impídele que lllore, hijo del bello cielo:
la lluvia de sus ojos, que cae, sube a los tuyos
y habrá de rebalsarlos hasta dejarte ciego.
Raros peces de plata deslizó el firmamento,*

llantos, estrellas, copas que contienen al cielo.
Y si se vuelcan todos, sus tristes ojos, huérfanos
serán de sus insomnios pero más de tus sueños.
La constelada sombra, la luna, el claro río,
no son como la noche donde habitan los muertos.
De cuando en cuando el llanto te hace joya de estío,
mas si ciegas la fuente ¿cómo podrías verlo?
La luz de tus mejillas, roja, rueda en el llanto
como nieve de rosas que se encuentran de duelo.
Después la noche llena de eternidades breves
derramó sus estrellas, desierto rostro azul.
¿Habrá un ciego tan ciego que cambie una esmeralda
por carbón y sepulte su insepultable luz?
Así quemas tus ojos. Su eterna noche extingues.
El mundo es quien solloza cuando sollozas tú.

VI

Rey de barba nudosa que ahora nadie peina,
en vano tus jinetes buscan a la princesa.
Para que en una choza ella dé a luz, llorando
la alegría del hijo, la obligaste a la ausencia.
¿Te sientes bien a solas, viejo y enloquecido,
repasando las losas de blancas azoteas
y mordiendo en la pipa tus suspiros por ella?
¡Oh, tú, gran Rey de nada, vacío está tu reino
y vacíos tus cofres: desterrando a tu hija
desterraste a tu única riqueza verdadera!

VII

Con su solo silbido que hace caer las hojas
igual que un distraído leñador, el otoño
mordisquea los bosques como frutos de sombra
y arroja su reflejo contra el cristal inmóvil
del gran lago que sueña, bajo la tarde, olas.
De noche el bosque entreabre su más alto follaje
sólo para que ingrese la luna a su memoria
pero no hay luz que aplaque la insondable amargura
de ver las ramas rotas y las fuentes a solas.
¿Quién, de pronto, interrumpe la tristeza del bosque?
Un bravo de ojos de águila por el sendero asoma.
Desde que te marchaste, siete años han pasado,
duende de trenzas negras. ¿Y ya los has olvidado?
Sobre los campos yermos cruza un niño descalzo
rodeado de perdices silvestres, jugueteando.
- "Buenos días, pequeño"- se conmueve el extraño
cual si su propia infancia lo estuviera mirando.
- "Cómo te llamas?- dice, como quien se desangra.
- "Llevo el nombre de un duende, pues de un duende soy hijo;
nada sino su nombre me regaló: Calino".
Entonces, conmovido, lleno de sol, ansioso,
el extranjero encuentra la choza entre los pinos,
se apresura y empuja la puerta miserable
y al interior contempla cómo un candil humilde
da más sombra que lumbre desde un banco vacío.
Ve cómo un pobre fuego cuece dos pobres panes
y ve una silla renga y un santo malherido
por el humo penoso del candil cual bermeja
amapola ya lívida, ya marchita, ya fría.
Y ve la piedra de moler, ve ruinas.
Ve un gato ronroneando, polvoriento y perdido.
Y en el altar del santo ve ramas de romero
y de menta que exhalan un aroma sombrío.
Y sobre el triste adobe del horno, entre las grietas
ve dibujos, ve cerdos de colas excesivas
que con carbón travieso garabateó su niño.
Un papel sustituye al vidrio en la ventana
desde donde resbalan fulgores mortecinos.

*Y ve un lecho de tablas y una mujer dormida
que lo ve contemplarla increíble y callada.
Y ve sus propias manos que hacia ella lo halan.
Y ve sus propios labios, y reconoce su alma
en aquella penumbra, y suspira y la abraza.
Ella cierra los ojos: no les cree. Y un sueño
conocido y querido, hilvana sus pestañas.
Sueña que está soñando, allá lejos, bañada
de inexplicable lumbre, sobre su antigua cama.
Sueña que se descuida la sábana y que asoma
su desnudez primera, su madrugada niña,
su lenta cabellera dispersa entre la almohada.
Y un hálito de fósforos entreabre su boca.
Ha movido los labios. Sonríe. Ha sonreído:
sobre su cabecera se deshojan las rosas.
Sueña que está soñando, como entonces, en brazos
del duende que ha rasgado su túnica preciosa.
Y sueña que suspira sin saber que suspira.
Y en la boca del duende se despierta su boca.
Y el palacio no es nada comparado a esta choza
donde por vez primera, otra vez, ellos aman.
Y un solo instante borra tantos años de sombra.*

VIII

*El aire embalsamado, su flor azul que tiembla
y atraviesa las selvas, distante, nos acerca
boscajes que fulguran tocados por tu voz.
En redor de las fuentes, como nieve, la hierba
se deshace al oír la tan radiante y sospecha
que bajo de la tierra canta el alma del sol.
Y en la tiniebla se alza, lento sauce de plata,
el agua de las fuentes, y cae desde sus ramas
- en una inacabable joyería- tu voz.
Es la voz de la esposa que no fue nunca novia,
es la voz de la novia que no fue nunca niña,*

es la niña cantada que nunca fue canción.
Miles de atropelladas y sedientas abejas
van en brillante oleaje sobre las flores que ella
- al cantarlas - imanta con una miel mejor.
El verano, su aliento de eterno mediodía,
protege susurrantes familias infinitas
de insectos que se apuran: la fiesta ya empezó.
Casi al borde del lago, cercada por antorchas,
una mesa se alarga, más que larga, orgullosa:
han venido los Nobles de todos los confines
a celebrar la boda de la casada novia.
Reinas de oro, dragones de insolentes escamas,
los príncipes que saben leer en las estrellas
y los que se acicalan durante las batallas
y los que aman los rezos y los que aman las farsas,
todos, una presencia, desconfiados, aguardan.
¡Aquí está! ¡Coronado, cetro en mano, sentado
en un cojín de plumas, muy peinada la barba,
entre pajes que ahuyentan a las moscas y al sol,
hasta ayer pordiosero, llega el Emperador!
Y tras él, sin retoques, aparece Calino.
Y un fulgor a su lado, blanca hoguera de lino:
la niña madre inicia, por el fin, su destino.
Con ágiles modales de arroyuelo sonriente,
avanza. Humo de flores azula sus cabellos
y un lucero lejano le rasguña la frente.
El sol, que es el padrino, al presidir la mesa,
con la luna madrina, cara a cara se encuentra.
Ya su miel silenciosa los violines despliegan
pero son acallados por un bordón de abejas.
Todos los invitados se alborotan. ¡Quién llega?
Sobre una telaraña que hace de puente, cruzan
acarreado en su boca costalillos de harina
para el pan de la boda, las hormigas viajeras.
Debajo de la mesa, un niño inventa joyas
con aquel polvo de oro que llueven las luciérnagas.
Ya está todo el cortejo: el paje escarabajo
va en medio de las pulgas que brincan y festejan.
Un moscardón, cubierto de terciopelo, suda
como los sacerdotes que cantan en las nupcias.

*Un saltamontes hala la cáscara de nuez
donde un tábano afila sus bigotes de novio
mientras todos se burlan de todo y él también.
Atrás, cual ministritos, van y vienen mosquitos.
La novia - una violeta- aguarda tras la puerta.
Y en larga reverencia, salta el Emperador
(un grillo viejo, gordo, de espuelas rumorosas),
tose con prepotencia y ajusta el esplendor
de su terco uniforme ya pasado de moda.
Y empinado en dos patas alza fúnebre voz:
"¡Permitid, Grandes Nobles, que comience la Boda!"*



